

de la hora en que la familia comia, que era entonces á las dos. La pieza que daba frente al salon, despues de atravesada la sala grande, era el cuarto de una tia enferma, hermana de mi padre, de la que hablaré despues. Se llamaba la señorita de Monceau.

Volviendo á la meseta, se entraba á la izquierda al cuarto de mi padre; aposento prolongado, pero sombreado por las ennegrecidas paredes de una casa de religiosas, que se hallaba por aquel lado en el jardin; á la derecha en el cuarto todavía mayor de mi madre, habia una bajada de tres escalones, que por una puerta vidriera comunicaba con el jardin. El sol la iluminaba desde por la mañana hasta la noche. Una especie de ala, añadida por aquel lado á la casa, formaba al lado del salon un hermoso gabinete, que se llamaba el Gabinete de las Musas. Servia á mi madre de retiro para escribir, y de oratorio para orar con sus hijas, cuando queria recogerse un momento y separarse de las perpetuas distracciones de una familia jóven y numerosa, y de un parentesco mucho mas numeroso todavía.

El gabinete con enmaderamientos esculpido, que llegaban hasta el techo, contenia diez nichos, y en cada uno de ellos un consol. Sobre éstos habia una estatua de madera de una de las nueve musas, con todos sus atributos mitológicos. El décimo nicho contenia una estatua de madera de Apolo. El dintel de la puerta, igualmente esculpido, representaba á Júpiter descendiendo del cielo y abriendo las cortinas de Danae, espantada con sus rayos. Todas aquellas figuras estaban cubiertas con una espesa costra de pintura al óleo. Aquel barniz pardo claro, les daba una apariencia de frialdad y de muerte que helaba la imaginacion. Mis jóvenes hermanas no entraban nunca allí sin una religiosa admiracion y cierto estremecimiento. Mi madre habia santificado toda aquella fábula con su reclinatorio de madera oscura, con su Cristo de marfil, que brillaba en un fondo de terciopelo negro, á la débil luz de aquel gabinete siempre cerrado al sol, y con un hermoso cuadro ovalado de la Virgen,

presentando el niño Jesus á su prima, pintado por *Coytel*, y copiado al pastel por una de sus hermanas, madama de Vaux.

Detras de aquel gabinete habia dos ó tres cuartos pequeños, con muchas camas para mis hermanas.

Despues de haberme hecho recorrer mi padre todas aquellas piezas, me hizo subir al segundo piso. Se componia de grandes piezas vacías, formando la repeticion del primero. En seguida abrió el aposento que me destinaba. Se hallaba precisamente sobre el suyo, y recibia la luz por dos ventanas que daban al jardin. Una alcoba para mi cama, un inmenso gabinete de estudio, que daba frente al de las Musas, luz bastante y hermosa, el silencio del jardin, una vista mas prolongada del cielo, allá en el horizonte, supuesto que dominaban las azoteas del convento, formaban de aquella habitacion de mi juventud, una soledad á la vez tranquila y recogida. No tenia otra cosa elegante ni mas decoracion, que dos hermosos marcos de puerta esculpidos, de un pastel brillante. Uno de ellos representaba unas jóvenes mirándose en el espejo de una fuente y adornándose con flores, que cortaban en la orilla; el otro unos niños jugando con animales y luchando contra una cabra que tenian afianzada por los cuernos.

Tuve tiempo, durante una larga estancia en aquel cuarto solitario, de estudiar aquellos dos medallones y las intenciones del arquitecto. Era evidentemente el cuarto destinado á los niños, el *gimnasio* de la casa primitiva. Dí gracias á mi padre, á quien nunca habia visto tan familiar y tan gracioso al instalarme en la habitacion que con tanta bondad me habia preparado. Despues de comer, fui á abrazar á los demas miembros de la familia, que me recibieron con frialdad. Volví á mi aposento, y me acosté, meditando en el triste porvenir que me hacia prever en Mácon el vacío de mi corazon y la ociosidad de mi vida. El cansancio me venció, sin embargo, y me dormí.

Una voz tierna y cariñosa me despertó, así como un hermoso rayo de sol, que se deslizaba por el techo del convento, y entraba en mi alcoba.

IX.

Me apoyé sobre mi brazo derecho, y reconocí á mi madre, que acercaba una silla y se sentó á la cabecera de mi lecho. Estaba cubierta con una larga bata de seda oscura, que llegaba hasta el cuello, ceñida á la cintura con un gran cordon de seda del mismo color, cuyas borlas tocaban el suelo.

Sus largos cabellos negros, en los que apenas se notaban tres ó cuatro hilos plateados, flotaban por sus espaldas y brazos, con esas hermosas ondas de la cabellera que escapa á la almohada y cuyos pliegues no conserva. Sus ojos se hallaban fatigados por el insomnio; sus mejillas, naturalmente pálidas, tenían ese ligero color que da el alma inquieta á su vestidura mortal, en el momento de un dolor ó de una emocion. Sus lábios, que se esforzaba por mostrar risueños, para no turbarla al despertar, mas en los que se percibía una contencion visible, se sonreían en el centro y manifestaban la aficcion en los extremos. Sus palabras, siempre sonoras y vibrantes como cuerdas del corazon tocadas por la mano, tenían una rima breve, contenida, que no le era natural sino en los pesares muy vivos, mas fuertes por un momento que su resignacion. Pasó su mano derecha por mis cabellos, me dió un beso en la frente, donde sentí la ardiente gota de una lágrima mal contenida, y me habló de esta manera:

X.

“¡Ya estás aquí de vuelta, pobre hijo mio!” Me dió otro beso y añadió: “Ya estás de vuelta; bien sabes que toda mi felicidad es verte á nuestro lado, y sin embargo, te amo mas que á mí misma, y al contemplarme tan feliz por volver á verte, no puedo dejar de affigirme y espantarme por tu vuelta. ¿Qué vas á hacer? ¡Ay! añadió, cómo vuelvo á verte! ¡Cuán pálido estás! ¡Qué triste pareces! y ¡cómo leía yo ayer en tus faccio-

nes el desconsuelo de la juventud y de la vida! ¡Quién me hubiera dicho que á los veintidos años veria á mi hijo marchito en la sávia de su alma y de su corazon, y el rostro sepultado en no sé qué dolor!”

Me levanté al oír estas palabras, con un estremecimiento de mi corazon, como si mi madre, hablándome de aquel modo, hubiera faltado al respeto á aquel dolor, que respetaba yo en mí mil veces mas que lo que á mí mismo me respetaba.

“¡Oh, por favor, le dije juntando las manos y con un acento de súplica severa, no me habéis con ese desprecio de un dolor cuyo objeto jamas habéis conocido, y que hará siempre arrodillar mi pensamiento ante un sagrado recuerdo! ¿Si su- piérais?

“Nada quiero saber, dijo poniendo su hermosa mano sobre mis lábios; sé que ella me habia robado el alma de mi hijo; sé que Dios la ha separado de un amor que no podia ser bendecido por mí, puesto que no podia ser santificado por él. La compadezco, y á tí tambien, y pido por ella; la amo en Dios y en tí. Nunca te hablaré de ella; hay cosas que una madre debe siempre ignorar, no pudiendo, ni aprobarlas en su conciencia, ni destruirlas en el corazon de su hijo, por temor de marchitarlo y traspasarlo. Así, jamas habemos de esto, jamas.”

Este tierno respeto á mi sentimiento, que nada sacrificaba de su conciencia ni de su dignidad de madre, me enterneció; besé su mano. Entonces continuó con mas libertad y abandono. Se conocia en la plenitud de su voz, que aquel objeto delicado se hallaba excluido en lo de adelante entre nosotros, y que iba á hablar impulsada solo por su ternura.

“¿Qué has de hacer ahora, me dijo, y cómo has de soportar esta existencia vacía, monótona, ociosa, tanto mas espuesta á las pasiones culpables del corazon, cuanto que no se halla ocupada con los deberes y obligaciones de una carrera activa? “Tiemblo y lloro todas las noches, pensando en que tal vez, ¡oh

“Dios mio! no habré creado á mi hijo, dotado con algunos de
“vuestros mas preciosos dones, y al que esperaba formar com-
“pletamente para mi admiracion y para vuestra gloria, mas
“que para ver vuestros mismos dones tornarse en su contra,
“y relegarlo en la inaccion y en la oscuridad de una vida
“inútil. Bien sabeis que yo daría mi sangre, así como he dado
“mi leche, para formar un hombre, y sobre todo, para hacerlo
“segun vuestra voluntad! Mas no he sido escuchada,” añadió,
cesando de dirigirse á Dios y volviéndose á mí con un ligero
movimiento de cabeza de izquierda á derecha, que parecia ma-
nifestar por la primera vez cierta rebeldía á su resignacion.

“¡Oh! mucho he suplicado, y todos los dias me levantaba muy
“temprano, con objeto de asistir á la iglesia con los criados,
“antes de comenzar el trabajo, á ese primer sacrificio del al-
“tar, que parece mas eficaz que los otros, porque es matinal
“y recogido en la oscuridad; nada he obtenido: mas no me
“cansaré, Dios mio, añadió; haré como Santa Mónica, que ora-
“ba sin cesar, sin impacientarse por vuestra lentitud, y que
“al fin obtuvo mas de lo que esperaba, un santo en lugar de
“un hijo! un guia en lugar de un discípulo; un hijo de Dios
“en lugar de un hijo de sus entrañas!”

Y se detuvo un instante como para pedir en voz baja, lo
cual comprendí en el movimiento ligero y mudo de sus labios,
y en el abatimiento de sus largos párpados rosados, sobre sus
ojos. Yo me hallaba muy enternecido, y como tranquilo y re-
signado con anticipacion á lo que sin duda iba á añadir.

“Es preciso que sepas, puesto que acabas de llegar, con-
“tinuó ella (y es por lo que he abreviado, contra mi volun-
“tad, el sueño de que tanta necesidad tenias), es preciso
“que sepas lo que debes esperar aquí, en la familia, á fin de
“que no te impacientes contra el destino, y que te prepares á
“soportar mucho, á sufrir con exceso, y para que no te enage-
“nes, con esas impaciencias y sufrimientos mal recibidos, el
“corazon de tu padre, que sufre tambien, pero que se avergon-

“zaria de confesárselo á él mismo, y los escelentes corazones en
“el fondo, aunque un poco ciegos y sordos de los otros miem-
“bros de la familia, de que dependemos, y de los que consenti-
“mos en depender, por vuestro porvenir. He aquí la situacion
“de las cosas entre nosotros.

“Nuestra fortuna, muy estrecha, ha sido considerablemente
“disminuida y gravada con los gastos de tu educacion, de tus
“viages y de tus faltas. No hablo de ellas para echártelas en
“cara: sabes que si las lágrimas de mis ojos pudieran cambiarse
“para tí en oro, las vertería todas en tus manos. La adquisicion
“de esta casa, indispensable para la instruccion y para los ma-
“trimonios de tus hermanas, la economía de los dotes, que debe-
“mos preparar sucesivamente y con anticipacion para ellas; en
“fin, las malas cosechas de estas últimas estaciones en Milly,
“que han engañado nuestras esperanzas, han reducido á tu pa-
“dre á lo mas estricto y necesario. Vive lleno de angustias;
“esos tormentos del espíritu, esa obligacion forzosa del cálculo,
“alteran la gracia y la serenidad de su carácter. Teme dejar
“sin patrimonio á sus hijos, que ama tanto, y á quienes dió la
“vida. Se echa en cara algunas veces esta larga prole que le
“causaba tanta alegría y orgullo cuando todos érais jóvenes. Sin
“cesar me veo obligada á repetirle que tenga confianza en Dios,
“que hace brotar la yerba para los insectos y un grano en los
“campos para los pájaros.

“Hace algun tiempo que con el fin de calmar sus inquietudes
“y ensanchar el pan cotidiano, me he encargado de mantener
“la casa á destajo, por una pension moderada de cuatro mil
“francos, que me paga en moneda cada trimestre, y á la cual
“añade el trigo, la leña, el heno, las legumbres, los frutos y
“todas las cosechas del jardin, de los prados y de las tierras que
“no están plantadas de viñas de Milly. Esto no es suficiente
“para el gasto de los criados, para los sueldos de los maestros
“y maestras de tus hermanas y para nuestros vestidos, por mo-
“destos que sean, y para la forzosa decencia y elegancia de la

“madre de familia, que me veo obligada á sostener, no segun
“la fortuna, sino segun mi rango.

“Dios me ha dado en nuestra vecina, ya lo sabes, en esa
“buena madama *Paradis*, una hermana y una amiga que quiere
“participar conmigo, no solo de los goces, sino de las penas y
“embarazos de la familia. Esta mano invisible de la Providen-
“cia, oculta en todas mis dificultades, es libre, viuda y sin pa-
“rientes; no es rica, pero tiene lo necesario para una muger sola
“y económica. Todas las veces que ve tengo un pesar, quiere
“participar de él; no mide la amistad mas que por los sacrificios;
“vende el vino de una viña ó los frutos de un vergel, y tiene un
“placer en prestarme lo que necesito en circunstancias impre-
“vistas, para los gastos extraordinarios, y para los que no están
“al alcance de mis fuerzas; con auxilio de su generosidad, he
“suplido, sin que tu padre lo haya percibido, las cortas cantida-
“des que me da para vuestra mantencion; con el oro reservado
“de ese completo modelo de las amigas, he pagado cuanto has
“gastado, sin conocimiento de la familia; no tengo un solo pesar
“que no adivine; no hay para mí una sola dificultad que no ven-
“za; se hizo acreedora hace veinte años á mi afecto, por su buen
“corazon; y ahora al de la familia, por la constancia de su ca-
“riño. Es el ángel de las dificultades insuperables, colocado por
“Dios como una centinela, en la otra acera de la calle y en frente
“de nuestra casa, para vigilarla con su ternura. Todas las ma-
“ñanas cuando abro mi ventana, la veo en su balcon que me
“espera, y si mis ojos manifiestan algun pesar, atraviesa al ins-
“tante la calle para venir á calmarlo. ¡Oh! hijos míos! acordaos
“siempre de ella! Madama *Paradis* ha sido un rayo de la Pro-
“videncia, siempre visible y ardiente para vuestra madre.

“En una penuria tan estrecha, debes comprender que tu po-
“bre padre no puede darte los medios de vivir en lo de adelante
“sin carrera y sin trabajo fuera de tu casa. Y se ve aun obli-
“gado, bajo pena de faltar á la justicia con tus hermanas (y sa-
“bes que su escrúpulo es la justicia, y su esceso la conciencia),

“y se ve aun obligado á reducir á la mitad la módica pensión
“de mil doscientos francos que te habia asignado para tu ma-
“nutencion y tus viages. No manifiestes tus sufrimientos, y
“marcha al encuentro de esa indispensable supresion. Yo pro-
“veeré, en cuanto me sea posible, á tus necesidades, y estoy
“segura que madama *Paradis* me auxiliará.

“Hasta hoy habia yo esperado que la familia de tu padre
“comprendiese esa necesidad de actividad que devora tu juven-
“tud, y que se prestaria á los sacrificios necesarios para hacerte
“entrar y sostenerte algunos años en el noviciado de las funcio-
“nes administrativas ó diplomáticas. Nada he podido adelantar
“en la materia. En vano he razonado, suplicado, conjurado y
“llorado; en vano tambien me he humillado ante ellos, como se
“humilla una madre por su hijo con gloria y dignidad. Repito
“que todo ha sido en vano; no hay que pensar mas en ello. Son
“buenos, tiernos, te consideran como su hijo y te destinan su
“patrimonio despues de su muerte; pero su ternura, que tiene
“un corazon á distancia, no tiene discernimiento en lo presente.
“Son ancianos, y no pueden cambiar sus costumbres é ideas por
“las nuestras. No se acuerdan que tuvieron tu edad; no com-
“prenden que un jóven que tiene el techo, la mesa, el jardín y la
“sociedad de su casa paterna, tenga otros deseos, y que sus as-
“piraciones se dirijan fuera de los muros de la pequeña ciudad;
“llaman á todo esto quimeras y fantasías de un espíritu enfermo;
“no conciben otra ambicion para tí que esta existencia ociosa y
“monótona en una calle de Mácon, algunos paseos por la maña-
“na, un salon antiguo donde reunirse por la noche, un matrimo-
“nio de vecindad ó de conveniencia dentro de algunos años, y
“una tierra de la familia, cerca de esta, donde habitar por el
“resto de tus días. Por mas que les he repetido que Dios da
“vocaciones diferentes á las diversas naturalezas del espíritu;
“que las aptitudes son las revelaciones de esas diversas vocacio-
“nes; que esas aptitudes encerradas y comprimidas en el alma
“de aquellos en quienes se manifiestan, producen suicidios lentos

“de las facultades divinas; que las pasiones legítimas del espíri-
“tu, si se les rehusa la libertad, se pervierten y se cambian en
“pasiones culpables; que esas compresiones preparan las esplo-
“siones del corazon. Mis palabras y aun mis lágrimas no han
“producido mas que sarcasmos y el que se irritasen contra mí.
“Ya no hay otro medio que tentar; es preciso someterse á la vo-
“luntad de Dios; es necesario resignarse á vegetar y á marchi-
“tarse á nuestro lado. ¡Ah! todo lo que pueda el corazon de
“una madre para endulzar este destierro, lo haré por tí; sufriré
“mas que tú mismo, por tu inaccion y por la pérdida de tus her-
“mosos y juveniles años, en los que sabes habia yo cifrado mi
“felicidad, mis esperanzas, mi gloria maternal. Te compadece-
“ré, porque te comprendo; recibiré y ocultaré en mi corazon las
“tristes confidencias de tus aspiraciones naturales engañadas;
“buscaré, espiaré y hare que nazcan las ocasiones, si la Provi-
“dencia me ayuda, de abrirte algun horizonte mas dilatado y
“digno de tí. Pero te lo suplico, hijo mio, no hagas esas confiden-
“cias á otra persona mas que á mí, no muestres ni tristeza ni
“disgusto de la vida preseute, en tu rostro ó en tus palabras,
“sobre todo á tu pobre padre. Lo afligirias sin cambiar en nada
“nuestra fortuna. Sufre él, lo mismo que yo, con nuestras ne-
“cesidades y con tu ociosidad; peco por amor á sus hijos y por
“solicitud para su porvenir, se ve obligado á contemporizar con
“sus hermanos y hermanas, mas ricos que él, y que poseen todos
“los bienes de la familia; se somete á sus ideas, no pudiendo ha-
“cerles adoptar las suyas; no lo entristezcas con el espectáculo
“de tu fastidio; no irrites con disentimientos ó con ostensibles
“disgustos á tus tios, de quienes dependemos, por nuestras hijas
“y por tí. Acepta esta vida desocupada y oscura durante algu-
“nos años; yo suplicaré tanto á Dios, que ablandará el corazon
“de tus tios y tias, y abrirá á mi hijo la parte de actividad, de
“espacio, de gloria y de felicidad que es permitido desear á una
“madre, para un hijo tal como tú.

“He aquí lo que yo queria decirte,” añadió levantándose de la

silla y bendiciéndome con los ojos y con las manos. En seguida
me dijo algunas palabras de Dios, de la fe de mi infancia, de la
pureza del corazon, que debe conservarse ó recobrase por el ar-
repentimiento; de la paz del alma, que no desciende nunca mas
que de lo alto, de la resignacion, ese sacrificio mudo, invisible,
perpetuo, el mas bello de los sacrificios despues del de Jesucris-
to, puesto que la víctima siempre renovada, somos nosotros mis-
mos, y el remunerador siempre presente, es Dios. En fin, se
puso de rodillas al pié de mi lecho y oró un momento pidiendo
para mí las bendiciones del cielo, antes de retirarse á pasos len-
tos. Creí que un ángel habia venido á visitarme, y permanecí
mucho tiempo inmóvil despues de su partida, con sus palabras
grabadas en mi corazon y sus besos en mi frente.

XI.

Me levanté tarde para ir á saludar á mi padre y darle gracias
por el hermoso cuarto que me habia dado. Era un domingo; las
campanas de la única iglesia que habia entonces en Mácon, re-
picaban para llamar á los fieles á la misa de las diez.

Salí y seguí á la multitud hasta el átrio. Allí encontré algu-
nos parientes y amigos de la familia, que me detuvieron, y con-
versaron conmigo durante la ceremonia, á la sombra de los ár-
boles. Concluida la misa, salió la multitud con recogimiento, y
pasó en grupos á nuestra vista, como en una revista de familias:
nobleza, estado llano y artesanos con sus vestidos de fiesta, con-
fundidos como la humanidad en presencia de Dios. Se sabe que
en las poblaciones pequeñas es este el dia y la hora de la se-
mana en que se encuentran ó se reunen, sin frecuentarse ordi-
nariamente, en que se cambian por un momento en el camino,
en la plaza, en la calle ó en la puerta de la iglesia, un sa-
ludo, un gesto, una mirada, algunas veces una conversacion
pequeña, entre fieles de una misma parroquia, entre habitantes
de un propio lugar. Es tambien la hora y el lugar en que los ocio-

sos, los curiosos, los jóvenes que buscan con la vista á las hermosas, invisibles en sus casas los demás días de la semana, se forman en grupos ó se colocan en línea para ver pasar y para seguir con la vista y con un murmullo de admiración, á las bellezas que son la gracia y celebridad del país. Vi maquinalmente como los demás, pero sin atención y sin preferencia, á la multitud que salía, ofreciéndose y pasando el agua bendita de dedo en dedo. Yo esperaba á mi madre.

Apareció una de las últimas, porque prolongaba siempre, por algunos instantes, sus piadosas oraciones, inclinada, con los ojos cerrados, las manos enclavijadas en su silla, después de los oficios, para dejar más adoración en su corazón y atraer más bendiciones sobre sus hijos. Aquel día su oración había sido más dilatada, porque había orado por mí.

XII.

El sol de primavera iluminaba las amoldadas piedras de la puerta; la luz serena de la mañana se mezclaba bajo el pórtico con la lejana é interior de los cirios; las dos confundidas y luchando se reverberaban sobre el rostro de mi madre, como la naturaleza y la gracia cristiana se encontraban y armonizaban constantemente en su corazón. Sus labios comenzaban á sonreírse con todos sus conocidos, á quienes percibía desde lo alto de las gradas del átrio; sin embargo, conservaban todavía la última impresión del pensamiento de Dios y del recogimiento de que acababa de salir. La palidez y las lágrimas de la mañana se habían completamente borrado bajo la paz de que gozaba siempre en su comercio con el cielo, y bajo la ardiente animación que el calor de la iglesia y el arrobamiento de la oración derraman en las facciones. Las gradas obstruidas por los mendigos, por las mugeres pobres endomingadas, por niños y ancianos enfermos, interrumpían el paso de los asistentes y retenían á mi madre sobre aquella especie de pedestal donde todos podían verla.

Había en la elevación y elegancia de su talle, en la flexibilidad del cuello, en la posición de su cabeza, en la finura de su piel, que se ruborizaba como á los quince años cuando la veían, en la pureza de los rasgos, en la sedosa suavidad de los cabellos negros, que relucían bajo su sombrero, y sobre todo, en el brillo de la mirada, de los labios, de su sonrisa, ese invencible atractivo que es á la vez el misterio y el complemento de la verdadera belleza. La creían siempre de veinte años, porque no tenía más que la edad de sus impresiones, y éstas tenían la eterna frescura de su virginidad de espíritu. Entre ella y sus hijas no había más que la distancia que hay de la rama al fruto: la mirada las abrazaba juntas y no las separaba jamás.

Sus hijas, en número de cinco, se agrupaban en aquel momento á su rededor, como un cuadro de familia ordenado por el más grande de los escultores y el más sublime de los pintores, la naturaleza y la casualidad. Sus rostros encantadores y diversos, aunque armonizados por lo que llaman aire de familia y por la similitud del vestido, se hallaban un poco separados del de su madre, en el fondo más sombrío del portal de la iglesia, donde los arcos rebajados conservaban mayor oscuridad. Se hubiera creído un grupo de ángeles matinales saliendo á medias de las tinieblas para mezclarse uno por uno á la luz, de que son á la vez la emanación y el deslumbramiento. La lentitud de los movimientos de la concurrencia, las frecuentes paradas en las mismas gradas del peristilo, daban tiempo para contemplar aquellas hermosas y animadas estatuas. Yo mismo volvía á verlas juntas por la primera vez, desde la salida de las mayores del convento. No podía dejar de participar del estremecimiento de favor general, que yo observaba y que veía se elevaba á mi rededor, por aquella admirable reunión de figuras, por aquel ramillete de familia, al cual pertenecía.

La mayor de las hijas de mi madre, que no tenía más que diez y ocho años, se llamaba Cecilia. Su talle espléndido hubiera estado ya al nivel del de mi madre, si la estremada mo-

destia de su naturaleza, que la hacia temer la admiracion como otras temen la vergüenza, no hubiera inclinado un poco su cabeza y abatido sus ojos para escapar á las miradas.

Sus facciones, que recordaban las de la familia de mi padre, eran mas imperfectas que finas, mas bien hechas para la primera mirada que para la segunda. El conjunto era el que agradaba, las grandes líneas las que deslumbraban y la espresion la que encantaba: el carácter era la bondad. No sé en qué brillo de suave esplendor nadaba aquella fisonomía; pero no se discernia mas que el encanto. Las imperfecciones del pormenor desaparecian enteramente, sobre todo á alguna distancia. Tenia la grandeza, la unidad y la gracia, esas tres bellezas capitales de la muger, para la multitud que no analiza mas que su impresion. Así, pues, ella era la belleza popular de la familia, ella la que citaban y ella la que agradaba ver pasar por las calles. Todos los habitantes de la ciudad sabian su nombre. La señalaban con un orgullo personal á los estrangeros, en la iglesia ó en los paseos. Los pasajeros se volteaban para volver á verla: las tiendas, los muros y el piso estaban prendados de ella, que ni aun siquiera lo sospechaba; toda su coquetería consistia en sus simplicidades, en sus candores; en su rubor, que aumentaba diariamente, á despecho de sus años, por la prolongada infancia de su corazon. Su encanto era muy natural, su carácter el primer movimiento, su talento la primera palabra, pronta é infantil, tanto mas asombrosa cuanto que era mas inocente. No tenia ninguna disposicion para las artes, sus estudios eran del momento, los esfuerzos la fatigaban, desconsolaba á sus maestros y los encantaba al mismo tiempo. Se conocia desde aquella época que el cielo la habia formado para la familia mas que para el mundo, tallo de racimos y no de flores, de la raza de las mugeres predestinadas no á embriagar con estériles perfumes del estilo, sino á fructificar, á crear y á producir ricas generaciones en la tierra.

La segunda se llamaba Eugenia. Tenia un año menos; se

apoyaba en su hermana mayor, como si su talle, débil entonces y esbelto, hubiera tenido necesidad de un apoyo para sostenerse contra el viento del puerto ó contra el ímpetu de aquella multitud. Era una naturaleza absolutamente diversa, una aparicion de Ossian en el esplendor del medio dia; una sombra animada; una forma impalpable; con ojos azules, rasgados y hermosos como agua de mar, de donde la mirada parecia brotar desde lejos, como de un misterio ó de un sueño; un óvalo de rostro escocés, facciones de una delicadeza fugitiva, y de una perfeccion de líneas ideal, la boca pensativa, los labios delgados, la espresion grave, los cabellos rubios, cayendo en largos y lustrosos rizos sobre las dos mejillas: un rostro morvigense, en fin. Su naturaleza de alma y de espíritu, correspondia enteramente con sus facciones. Mas adelantada que sus mayores, apta para todas las artes; poniéndose pálida á la relacion de un heroismo, á la lectura de un hermoso verso, al sonido de la cuerda de una harpa; sensible hasta el sufrimiento, poética, musical, literaria; encerrada dentro de sí misma y viviendo con los mundos que formaba su imaginacion; menos observada por la multitud, mas espiada y descubierta, como las flores en la sombra, por las miradas curiosas y apasionadas, debia encantar á los hombres del Norte; y este fué mas tarde en efecto su destino. Se parecia en aquella época mas bien á mí que á sus otras hermanas, por el desarrollo precoz de su inteligencia, por la poesía y por la melancolía de su carácter. Eramos dos reflejos de una misma tinta, que se encontraban, uno ardiente y viril en mi frente, el otro frio, femenino y virginal en la suya. Era demasiado vista, pero no popular. Creian que habia en su alma mucho desden, á causa de su superioridad.

Despues de aquellas dos hermanas mayores, de tallas iguales, pero de rostros tan opuestos, se veia la tercera, de estatura casi tan elevada, aunque no tenia aún quince años, que se hallaba un poco atrás con las dos pequeñas. Se llamaba Susana. Para ella estaban de acuerdo todas las miradas y exclamaciones. No habia preferencia, ni aun se disputaba su mérito en la ciudad.